



## Capítulo 412 – Opuestos

Vergil apretó los puños. Su cuerpo todavía temblaba bajo el peso aplastante de la presencia de la Emperatriz, pero sus ojos no vacilaban. La llama que ardía dentro de él era diferente a la de Zafiro —no era divina ni mágica. Era humano. Brutalmente humano.

Y por esa misma razón... irrompible.

Respiró profundamente. Cuando hablaba, su voz ya no temblaba. Fue firme—lleno de coraje y desafío.

"Hagámoslo. ¿Qué tal esto: te llevaré al Orbe de tu amado enemigo jurado, ¿de acuerdo? dijo, dando otro paso adelante, incluso cuando el aura helada casi atravesó su piel. "Entonces podrás matarla incluso antes de que despierte. Quiero decir, ¡parece que quieres eso más que nadie en este mundo!"



Los ojos de la criatura congelada se entrecerraron. La niebla a su alrededor se arremolinaba, lenta y letal, reaccionando al nombre mencionado.

"Vamos, no hay necesidad de golpear a mi querida esposa", continuó Vergil, con su tono cargado de sarcasmo e intención. Podemos resolver esto fácilmente, ¿correcto?

Silencio.

La Emperatriz bajó lentamente la mano. El ataque no se deshizo—sólo se suspendió, flotando en el aire como un veredicto inacabado.



"Hablas como si supieras algo, humano", dijo. Su voz era aguda, pero... había algo más allí. Algo reflexivo. Casi... cauteloso.

"Ya sé suficiente", respondió Virgilio, sin dar marcha atrás ni un centímetro.  
"Vamos. "Deja vivo a mi querido Zafiro y todo estará bien"

La emperatriz inclinó la cabeza. Un leve destello cruzó sus ojos inexpresivos. Entonces ella habló: "¿Por qué debería hacerlo? Puedo matarte con un soplo."

El aire se congeló por completo a su alrededor. Pero Virgilio no se movió.

"Necesito ganar tiempo..." Amón y los demás deben estar llegando... sólo un poco más..." Virgilio se mantuvo firme, con la mirada fija en los ojos vacíos de la Emperatriz. El frío que lo rodeaba ya no era sólo físico—era existencial. El tipo de frío que amenazaba con extinguir no sólo el cuerpo, sino también la identidad. El alma. Aún así, permaneció de pie.



"Puedes matarme con un suspiro", dijo, con la voz ahora más baja, pero sin perder el coraje. "Pero no cambiará nada. Continuarás persiguiendo sombras. Permanecerás atrapado en el pasado."

La Emperatriz permaneció inmóvil.

"¿Crees que eres libre ahora?" Virgilio dio un paso adelante, el calor de la provocación intentaba superar la barrera helada. "Pero aún vives para ella. El que te traicionó. El que te derrotó. Aquel que te marcó tan profundamente que incluso tu forma está moldeada por el recuerdo de ella."

La niebla alrededor de la Emperatriz se balanceaba violentamente, como si el aire mismo reaccionara al nombre tácito.



-No me hagas reír, Emperatriz. Renacistes, sí. ¿Pero como qué? ¿Un espíritu vengativo? ¿Una sombra de lo que una vez fuiste? ¿Una diosa que sólo puede existir destruyendo todo lo que te recuerda a tu rival?

La criatura de hielo entrecerró los ojos. Por primera vez, un destello de emoción —rabia— pasó a través de sus rasgos etéreos.

"Eres demasiado atrevido para un insecto", silbó. La niebla retrocedió por un breve momento... y luego avanzó en espirales asesinas.

"Estoy siendo honesto", dijo Vergil. "Si me matas ahora, demostrarás que soy exactamente lo que temes. Que no eres superior. Que eres simplemente otro niño malcriado con demasiado poder y demasiado dolor para manejar."

Levantó la mano una vez más, ahora con total convicción.

—Ya he dicho demasiado —murmuró Vergil, cerrando finalmente los ojos.

La niebla convergió. Helado, absoluto. La punta de una lanza plateada de puro frío comenzó a formarse en el aire, dirigida directamente al corazón humano.

Pero antes de que se pudiera asestar el golpe—, un rayo rojo atravesó el cielo y alcanzó a la Emperatriz.

El impacto fue agudo y brutal. Como si el mundo mismo hubiera gritado.

La Emperatriz fue arrojada varios metros hacia atrás, su cuerpo giraba en el aire antes de que sus pies se clavarán en el suelo y se deslizara, dejando un rastro de cristales rotos y brasas.





Vergil cayó de rodillas, aturdido, y el calor repentino le devolvió el aliento. El aire —aunque sólo fuera por un momento— comenzó a moverse nuevamente.

Y luego la vio.

Ella emergió de las llamas y rompió el crepúsculo: una mujer de fuego.

Mientras que la Emperatriz Platino era hielo, estática y silencio, esta nueva figura era puro movimiento, color y sonido. Su cabello era una cascada de magma vivo, bailando como serpientes en llamas alrededor de un rostro hermoso y salvaje. Su piel estaba bronceada como hierro fundido y sus escamas rojas brillaban como rubíes bajo presión. El calor que emanaba de ella no ardía—exigía respeto.

Dos cuernos dorados se curvaban hacia atrás desde su cabeza como coronas naturales, y sus alas —colosales, dracónicas, translúcidas— ardían con la intensidad de un sol naciente.



Vergil sabía quién era antes incluso de decir algo.

La emperatriz escarlata.

Ella dio un paso adelante con la majestuosa arrogancia de alguien nacido para reinar sobre la destrucción.

"Siempre ha sido así, Nivara", dijo, mirando directamente a la Emperatriz Platino, que ahora estaba ascendiendo lentamente. "Intentas borrar lo que no puedes entender, eres demasiado arrogante"

La criatura de hielo frunció los labios y su expresión se endureció aún más.



"Tú... Crimsarya."

"Sí", interrumpió Crimsarya. "Estoy muy vivo. "Perra helada."

El suelo a su alrededor comenzó a agrietarse, dividiéndose entre hielo y fuego, como si el mundo mismo hubiera elegido bando.

Zafiro, todavía arrodillado, observaba todo con los ojos muy abiertos. Un fragmento de la Llama Robada todavía crepitaba en su pecho, reaccionando —no con miedo, sino con algo cercano a la reverencia. A la conexión.

Virgilio se levantó lentamente, con la mirada dividida entre los dos titanes.

"Mierda..." murmuró. "Ella... ¿se despertó ahora?"

La Emperatriz Platino, o mejor dicho, Nivara, finalmente se puso de pie, con los ojos todavía sin pupilas, pero ahora con una nueva emoción: ira cruda... "No deberías ser libre."

Crimsarya simplemente sonrió — una sonrisa amplia y provocativa. "Y no deberías estar vivo. Pero mira. El mundo gira, querida."

Las dos fuerzas opuestas estaban cara a cara. Uno hecho de hielo eterno, atemporal. El otro, del fuego primitivo, que da forma y destruye mundos.

Crimsarya se volvió brevemente hacia Vergil. "Sal de aquí. "Te dejo vivir porque Runeas Gremory me pidió que no luchara contra tus demonios", dijo con desdén. "Vete. "Esto es entre esta perra y yo"





Vergil abrió la boca para responder, pero Sepphirothy lo tiró del brazo. Se había acercado en silencio, con el rostro pálido.

"Vamos... este lugar se va a poner problemático pronto", susurró Sepphirothy.  
"Ya vienen..."

Virgilio frunció el ceño. "¿Qué quieres decir?"

Nuestra querida amiga Morrigan viene con su grupo de locos... este lugar pronto será un caos...

Virgilio todavía estaba tratando de absorber lo que tenía ante sí —dos entidades cósmicas, fuerzas personificadas de la naturaleza, a punto de colisionar— cuando el aire tembló.

No como antes. Esta vez no fue una fluctuación de calor o frío.

Fue una ruptura.

El cielo del mundo demoníaco —ya corrompido por el caos y la magia antigua— se hizo añicos como cristales, fragmentos de realidad cayendo en chispas y ecos distorsionados.

Y a través de esa grieta... descendió.

Riendo.

Girando por el aire con la gracia caótica de un acróbata borracho de sus propias fuerzas, el Rey Mono cayó del cielo de cristal como una estrella fugaz





invertida, saltando una vez antes de golpear el suelo con un estruendo que agrietó la tierra en círculos concéntricos.

"JAJAJAJA! ZAFIRO, ¿ASÍ ES? Gritó entre risas escandalosas, señalando a la mujer todavía arrodillada, herida, tratando de levantarse con dignidad. "¡JAJAJAJAJAJA!"

Pero algo andaba mal. Virgilio lo sintió primero. La risa era fuerte. Pero... vacío.

Cuando los ojos de Wukong se encontraron con los de Nivara —la Emperatriz Platino—, la farsa se vino abajo. La risa cesó con un chasquido. Sus ojos —normalmente dorados como el sol— se convirtieron en dos hendiduras afiladas, negras alrededor de las pupilas en llamas.

Vergil sintió que la tensión cambiaba de frecuencia. El mundo ya no estaba simplemente helado o ardiendo. Se estaba resquebrajando, apretado entre voluntades demasiado opuestas para coexistir.



Wukong hizo girar su bastón con una sola mano, casualmente. Pero su voz, cuando volvió a hablar, llevó el peso de mil guerras.

"...Tú", susurró, con los labios ahora rectos. "Todavía llevas la cara de quien mató a la mitad de mi gente, Nivara"

Nivara no respondió. Ella simplemente miró al Mono Inmortal con absoluta frialdad, como si Wukong fuera solo otra pieza menor en el juego.

Pero antes de que Virgilio pudiera decir una palabra, el aire se agitó una vez más.





Tres presencias emergieron de una fisura en llamas detrás de ellas, casi sin previo aviso. Una explosión de energía antigua empujó el polvo al suelo, e incluso Crimsarya pareció apartar la mirada por un momento.

Kali. Morrigan. Y la diosa de las tormentas, Susano'o

"Me impresiona que no estés muerto ante el aura de esa mujer", dijo Kali, mirando a Vergil, seco como una espada. "Sal de aquí con Zafiro. Acum."

"Eso ya no depende de ti", añadió Suzanoo, sin apartar la vista de las dos emperatrices que tenía delante. "El campo se va a romper."

Virgilio dudó.

Morrigan dio un paso adelante, con sus largas uñas deslizándose perezosamente sobre su clavícula, como si cada gesto fuera parte de una danza olvidada. Su mirada se posaba en Zafiro con una mezcla de interés y desdén.



—Ah, pero mira... —murmuró ella, con una voz que parecía serpentear directamente hacia su oído. "La Llama del Olimpo ha estado contigo todo este tiempo, Zafiro..."

Ella sonrió. Un sonido dulce y seductor—y venenoso como el veneno de víbora. "Zeus estará furioso..."

Zafiro se puso de pie con dificultad, con el cuerpo todavía inestable, pero los ojos ardiendo de furia contenida. Fijó su mirada en la diosa como si pudiera atravesarla sólo con su voluntad.





JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

"Cierra la boca antes de que use esta llama para destruirte", gruñó, con la voz tensa, aguda como una espada al rojo vivo. "¿O ya has olvidado lo que puede hacerle a criaturas como tú?"

Por un momento, la sonrisa de Morrigan flaqueó — sólo por un momento. Luego volvió a reír... pero ahora con un toque de precaución detrás de la máscara.

